

Palabras del Papa en Barbiana

20 de junio de 2017.



Queridos hermanos y hermanas: He venido a Barbiana para rendir homenaje a la memoria de un sacerdote que dio el testimonio de que, al entregarse a Cristo, se encuentra a los hermanos en sus necesidades y se les sirve para defender y promover su dignidad de persona con la misma entrega que Jesús nos enseñó hasta la cruz.

1. Me alegra encontrar aquí a los que fueron en su tiempo alumnos de don Lorenzo Milani. Unos, en la escuela popular de San Donato en Calenzano, otros, aquí en la escuela de Barbiana. Vosotros sois testigos de cómo ha vivido su misión un sacerdote en los sitios donde la Iglesia le llamó, con plena fidelidad al Evangelio y, por eso mismo, fiel del todo a cada uno de vosotros, los que el Señor le había encomendado. Y sois testigos de su pasión educativa, de su afán por despertar lo humano en las personas y así abrirlas a lo divino.

De ahí su dedicación completa a la escuela, con una decisión que aún sería más radical aquí en Barbiana. La escuela para don Lorenzo no era algo diferente de su misión sacerdotal, sino la forma concreta de desempeñar esa misión, dándole un fundamento sólido y capaz de alzarse

hasta el cielo. Y cuando la decisión del obispo le trajo de Calenzano hasta aquí, entre los chicos de Barbiana, entendió enseguida que, si el Señor permitía ese desgarró, era para darle nuevos hijos a los que amar y hacer crecer. Devolver la palabra a los pobres, porque sin la palabra no hay dignidad y por lo tanto, ni siquiera libertad ni justicia. Esto enseña don Milani. Y es la palabra que podrá abrir el camino hacia una plena ciudadanía en la sociedad, mediante el trabajo. Y a una plena pertenencia a la Iglesia, mediante una fe consciente.

También esto vale de alguna manera en nuestro tiempo, cuando sólo el dominio de la palabra permite discernir entre los muchos y, a menudo, confusos mensajes que nos llueven encima y, además, permite expresar los deseos profundos del propio corazón, además de las expectativas de justicia de muchos hermanos y hermanas que esperan la justicia. La humanización que reivindicamos para cada persona sobre la tierra, también incluye – junto al pan, la casa, el trabajo, la familia – poseer la palabra como instrumento de libertad y fraternidad.

2. También están aquí algunos chicos y jóvenes,



que representan para nosotros a tantos chicos y jóvenes que necesitan alguien que les acompañe hoy en el camino de su crecimiento. Sé que vosotros, como muchos otros en el mundo, vivís situaciones de marginalidad y tenéis cerca alguien para no dejaros solos e indicaros un camino de posible rescate, un futuro abierto a horizontes más positivos.

Quisiera desde aquí dar las gracias a todos los educadores, a cuantos se ponen al servicio del crecimiento de las nuevas generaciones, en particular, de los que se ven en una situación desfavorable. La vuestra es una misión llena de obstáculos, pero también de alegrías. Y, sobre todo, es una misión. Una misión de amor, porque no se puede enseñar sin amar, ni sin la conciencia de no entregar más que un derecho reconocido, el de aprender.

Hay muchas cosas que enseñar, pero la esencial es el crecimiento de una conciencia libre, capaz de afrontar la realidad y de orientarse en ella tras la guía del amor, de las ganas de comprometerse con los demás, de hacerse cargo de sus fatigas y heridas y de rechazar cualquier egoísmo, para servir al bien común. En *Carta a una maestra* está escrito: “he aprendido que el problema de los demás es igual al mío. Salir todos juntos es la política. Salir solo es la avaricia”. Es una llamada a la responsabilidad. Una llamada dirigida a vosotros, queridos jóvenes, pero, ante todo, a nosotros, adultos, llamados a vivir la libertad de conciencia de forma auténtica, como en busca de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, dispuestos a pagar su precio. Y sin excusas.

3. Por fin, pero sin ser lo último, me dirijo a vosotros sacerdotes, que os he querido junto a mí aquí en Barbiana. Veo algunos sacerdotes ancianos que habéis compartido con don Lorenzo Milani los años del seminario o el ministerio en sitios cercanos a este; y también a sacerdotes jóvenes que representan el futuro del clero florentino e italiano. Algunos, pues, sois testigos de la aventura humana y sacerdotal de don Lorenzo y, otros, sus herederos.

A todos os quiero recordar que la dimensión sacerdotal de don Lorenzo Milani es la raíz de

cuanto he ido evocando de él hasta ahora. La dimensión sacerdotal es la raíz de todo lo que ha hecho. Todo nace de su sacerdocio. Y, a su vez, su sacerdocio tiene una raíz más profunda: su fe. Una fe totalizante que – para aquel joven converso – se convirtió en una entrega completa al Señor y que encontró en el ministerio sacerdotal su forma plena y cumplida.

Son conocidas las palabras de su guía espiritual, don Raffaele Bensi, al que acudían en aquellos años las figuras más altas del catolicismo florentino – tan vivo hacia la mitad del siglo pasado, bajo el paterno ministerio del venerable cardenal Elia Dalla Costa. Así dijo don Bensi: “Para salvar su alma vino a mí. Desde aquel día de agosto hasta el otoño, se atiborró literalmente del Evangelio y de Cristo. Ese joven partió inmediatamente hacia el absoluto, sin término medio. Quería salvarse y salvar, a toda costa. Transparente y duro como un diamante, enseguida tenía que herirse y herir” (Nazzareno Fabbretti, “Entrevista a Mons. Raffaele Bensi”, *Domenica del Corriere* 27.6.1971). Ser sacerdote como forma de vivir el Absoluto.

Decía su madre Alice: “Mi hijo buscaba el Absoluto. Lo encontró en la religión y en la vocación sacerdotal”. Sin esta sed de Absoluto se puede ser un buen funcionario de lo sagrado, pero no podemos ser sacerdotes, sacerdotes verdaderos, capaces de convertirse en servidores de Cristo en los hermanos. Queridos sacerdotes, con la gracia de Dios, intentemos ser hombres de fe, una fe inquieta, no aguada. Y hombres de caridad, caridad pastoral hacia todos los que el Señor nos encomienda como hermanos e hijos. Don Lorenzo también nos enseña a querer bien a la Iglesia, como la quiso él; con una inquietud y verdad que también pueden crear tensiones, pero nunca fracturas, abandonos. Amemos a la Iglesia, queridos hermanos, y hagámosla amar, mostrándola como madre atenta a todos, sobre todo a los más pobres y frágiles, así en la vida social, como en la personal y religiosa. La Iglesia que don Milani mostró al mundo tiene este rostro materno y premuroso, propenso a dar a todos la posibilidad de encontrar a Dios y así dar consistencia en toda su dignidad a la persona misma.

4. Antes de concluir no puedo silenciar que el gesto que hoy he cumplido quiere ser una respuesta a la petición que don Lorenzo hizo varias veces a su obispo, es decir, ser reconocido y comprendido en su fidelidad al Evangelio y en la rectitud de su acción pastoral. En una carta al obispo escribió: “Si usted no me honra hoy con algún acto solemne, todo mi apostolado aparecerá como un hecho privado...”. Los arzobispos de Florencia – desde el cardenal Silvano Piovanelli, de estimada memoria, en adelante – ya otorgaron este reconocimiento a don Lorenzo en diversas ocasiones. Hoy lo hace el obispo de Roma. Lo cual no borra las amargas que acompañaron la vida de don Milani – no se trata de borrar la historia o de negarla, sino de comprender circunstancias y humanidades en juego –, pero dice que la Iglesia reconoce en esa vida un modo ejemplar de servir al Evangelio, a los pobres y a la Iglesia misma.

Con mi presencia en Barbiana, con mi oración sobre la tumba de don Lorenzo Milani creo responder a cuanto esperaba su madre: “Me urge sobre todo que se conozca al sacerdote, que se sepa la verdad, que se rinda honor a la Iglesia también por lo que él fue en la Iglesia, y que la Iglesia le rinda honor a él... Esa Iglesia que tanto le hizo sufrir, pero que le dio el sacerdocio y la fuerza de esa fe que, para mí, continúa siendo el misterio más profundo de mi hijo... Si no se llega a comprender realmente al sacerdote que fue don Lorenzo, difícilmente se podrá entender de él también todo lo demás. Por ejemplo, su profundo equilibrio entre dureza y caridad” (N. Fabbretti, “Encuentro con la madre del párroco de Barbiana tres años después de su muerte”, *Il Resto del Carlino*, Bolonia, 8.7.1970). El sacerdote “transparente y duro como un diamante” continúa transmitiendo la luz de Dios sobre el camino de la Iglesia. ¡Tomad la llama y llevadla adelante! Gracias. [Avemaría y bendición].

¡Muchas gracias de nuevo! Rezad por mí, no os olvidéis. ¡Que yo también tome ejemplo de este buen sacerdote! Gracias por vuestra presencia. Que el Señor os bendiga. Y vosotros sacerdotes, todos – ¡porque no hay jubilación en el sacerdocio! – todos, ¡adelante y con valor! Gracias.



